



El teatro también se lee

# Lector y texto dramático dialogan sobre el asunto

Francisco Castaño

Director del Organismo Autónomo Local de Cultura. Talavera de la Reina

## TEXTO DRAMÁTICO:

¿Por qué no esperas, lector,  
A ver en el escenario  
Lo que estas páginas guardan?  
Me hicieron para el teatro  
Y encarnarme en los actores  
Y actrices por las que hablo  
Y gesticulo y me muevo  
Y de repente me callo.  
(Porque también el silencio  
Tiene su significado).  
Con sus gestos y sus voces  
Que hacen de este simulacro  
La rebanada de vida  
De la que nos habla el clásico  
Entre las cuatro paredes  
(En realidad no son cuatro.  
Hay una cuarta pared  
Que es solo un convenio tácito  
Entre quien arriba actúa  
Y quien lo recibe abajo)  
Que dibujen con las luces  
Y las sombras un espacio  
Donde voy cobrando vida  
Que se consume en el acto:  
Esa duración efímera  
En la que soy lo que hago.  
¿Por qué me acoges, lector,  
En el mullido regazo  
De tu sillón favorito  
Para actuar en tus labios?

## LECTOR:

Porque lo que tú contienes  
No se diferencia tanto  
De lo que contiene un libro  
Tradicional de relatos  
O poemas. Son palabras  
Que se traducen en actos  
Y no quiero que otros ojos  
Me digan cómo mirarlos.  
  
Porque el teatro leído  
Es «un territorio franco»  
(Lo dijo Paco Novelty  
En este mismo escenario)  
Donde darle rienda suelta  
A nuestros vicios dramáticos.  
  
Y a mí me gusta pensar  
Que después de tantos años  
De ver representaciones  
De todo tipo y formato  
Bien puedo aquí, en mi sillón,  
Montar mi propio espectáculo.  
  
Que puedo ponerle el rostro  
De ese colega coñazo  
Y entrometido, al liante  
Por antonomasia: Yago.  
O el de aquel adolescente  
Amor que acabó en fracaso  
(Si hubiera acabado bien  
No guardaría el encanto).  
Al de la hermosa Julieta,  
Que tuvo un final más trágico.  
  
Y si soy infiel al texto,  
Lo seré solo en mi daño  
Y no el del espectador  
Que siente que no ha pagado  
Para ver montar en bici  
A algún héroe shakesperiano.

Que si hay que cambiar de época,  
De sexo o de vestuario,  
O el principio o el final,  
Seré yo quien haga el cambio  
Y no un director cualquiera  
A su delirio entregado,  
Que yo puedo ser tan bueno  
Como el mejor delirando.

Si necesito una pausa  
Para pensar, pues la hago,  
Y cierro el libro y me quedo  
En mi sueño embelesado.  
O si prefiero parar  
En el momento más álgido  
Y volver atrás y ver  
Cómo se lió el cotarro,  
Si me perdí algún matiz,  
Si no alcancé a captar algo  
Que explique por qué razón  
Pasa lo que está pasando;  
Qué fue lo que dijo aquel  
Que aquella se lo ha tomado  
A la tremenda, o qué fue  
Lo que quedó en un amago.  
Y si quiero hago comedia  
Del episodio más trágico,  
Donde morir de amor  
Es placer y no trabajo.  
O convierto en bailarines  
A combatientes bizarros.

Esto no quiere decir  
Que para leer teatro  
Uno no pueda ceñirse  
A lo que viene acotado  
Por el autor, y ser fiel  
A lo escrito por su mano.  
Además, dado el empleo  
Que tengo ahora a mi cargo,

Sé que estoy tirando piedras  
Contra mi propio tejado,  
Si recomiendo leer  
En la paz de nuestro cuarto.  
Aunque creo que leyendo  
Todos salimos ganando,  
Porque la lectura lleva  
A comparar lo soñado  
Con lo que otro imaginó,  
Con diferente reparto,  
Con un ritmo diferente  
Y con otros decorados.  
Haber leído los textos  
Enriquece el espectáculo,  
Ya que al menos son dos modos  
De verlo y representarlo  
Lo que también hace doble  
El gozo si bien miramos.

Leer, mirar, son dos formas  
Distintas de hacernos sabios.  
Hoy elogio la primera  
(Y no solo por encargo),  
Porque antes que espectador  
(Mi infancia fue un tiempo avaro)  
Fui lector, porque los libros  
Los tenía más a mano,  
Y también porque, quizá,  
Además de en el teatro,  
Desde siempre me propuse  
Hacer de mi capa un sayo.  
O dicho de otra manera  
(Sin que suene demasiado  
Petulante por mi parte):  
Que como lector me basto  
Para hacer que cobres vida,  
Querido texto dramático. ■